

caricias de su hijo. Esto la fué suficiente para trasformar aquel austero retiro en una morada encantadora, de armonía y de paz. Da gusto seguirla en esta soledad en que su alma se preparaba para la lucha, así como se complace uno en seguir á Juan J. Rousseau en sus primeros años.

## XII.

Hay al pie de las montañas del Beaujolais en la larga holla del Sena frente á los Alpes, una cadena de colinas pequeñas amontonadas á manera de olas areniscas, en las que el labrador laborioso de aquellas comarcas ha plantado multitud de viñas que forman entre sí en su base valles oblicuos, y estrechas y tortuosas barranadas á cuyos lados se ven unos pequeños prados siempre verdes. En los prados corre continuamente el agua que se filtra de las montañas, y están cubiertas de sauces, de abedules, y de chopos. Los flancos y las cimas de estas colinas, no producen sino algunos melocotones silvestres, y grandes nogales que se hallan ordinariamente á las puertas de las casas de campo. En la pendiente de una de estas colinas areniscas está la *Platiere*, casa de un solo piso y de muy poco fondo, llena de ventanillas regulares y cuyo tejado es casi llano. Súbese á ella por cinco escalones de piedra, á cuyos lados hay una barandilla de hierro grotescamente trabajado. En el patio están los pajares, las bodegas y el lagar, y detrás un huerto pequeñito lleno de árboles frutales y de claveles. Hé aquí la descripción de este sitio. La vista tiene sin embargo donde esplayarse, bien se dirija hácia las montañas de Beaujeu, bien hácia las cimas de los Alpes cubiertas perpétuamente de nieve.

Tal fué por espacio de cinco años el horizonte que se ofreció á la vista de aquella jóven que pudo contem-

plar á su sabor toda la magnificencia que allí despliega la naturaleza, y por la que ella había anhelado tanto siendo jóven, cuando todo lo que podía ver por encima de los tejados de París se reducía á alguna perspectiva confusa de los bosques de la corona.

En la *Platiere* pasaba esta muger su vida entre los cuidados de la casa, el cultivo de su entendimiento y en hacer obras de caridad que es el verdadero cultivo del corazón. Adorada por aquellas sencillas gentes cuya Providencia fué, destinaba para aliviar su miseria lo poco que le sobraba, y se valía de sus conocimientos en medicina, para curarles en sus enfermedades. Muchas veces iban á buscarla de tres y cuatro leguas para que fuese á visitar á un enfermo y su casa estaba llena, los domingos, de aldeanos curados ya, ó convalecientes que iban allí á darla las gracias y á ofrecerla en prueba de su agradecimiento, castañas, queso ó manzanas. Ella admitía estos cortos obsequios y gozaba interiormente al ver que el pueblo de los campos, era justo, sensible y agradecido. Ella se figuraba que el pueblo desnaturalizado de las grandes capitales se parecería á este, pero la enseñaron en lo sucesivo que aquellos mares de hombres tan tranquilos entonces, tienen tempestades mas terribles que las del Océano; que las instituciones son tan necesarias á la sociedad, como el alveo á las aguas; y que la fuerza es tan indispensable como la justicia, para el gobierno de los pueblos.

## XIII.

La hora de la revolución del 89 había sonado ya, y había ido á sorprenderla en el silencio de aquel retiro. Ebria de filosofía, apasionada por el ideal de la humanidad, y adoradora de la libertad antigua, se inflamó por

las nuevas ideas en cuanto prendió la primera chispa en su corazón, y creyó de buena fé que aquella revolución era una especie de parto sin dolores, que iba á regenerar la especie humana, á destruir la miseria de las clases desgraciadas, y á renovar la faz del mundo. Hasta en la piedad de las almas grandes se halla una gran dosis de imaginación. La ilusión generosa de la Francia en esta época, estaba en proporción con la grande obra que le tocaba llevar á cabo. Si ella no hubiese esperado tanto, no se hubiese atrevido á nada. Su fé en una regeneración social fué la que constituyó su fuerza.

Desde aquel día, sintió madama Roland un fuego interior que no debía apagarse sino con su sangre. Todo el amor inerte que dormitaba en su alma, se convirtió en pasión y en entusiasmo por la humanidad. Su sensibilidad demasiado ardiente para solo un hombre, se esparció sobre todo un pueblo. Esta muger amó la revolución, como hubiera podido amar á un hombre, y supo comunicar esta llama á su marido y á todos sus amigos. Toda su pasión contenida por tanto tiempo, se manifestó en sus opiniones. Vengóse de un destino que la negaba la dicha para sí propia, sacrificándose por la de todos los demas. Si hubiese sido dichosa y se hubiese visto amada, nunca hubiera pasado de ser una muger reducida al aislamiento; y desgraciada, se convirtió en jefe de un partido.

## XIV.

Las opiniones de los dos esposos sublevaron en un principio contra ellos á toda la aristocracia del comercio de Lyon, ciudad íntegra y pura, pero ciudad tambien de dinero, en donde todo se calcula, y en donde las ideas tienen el peso y la inmovilidad de los intereses. Tienen las ideas una corriente irresistible que arrastra tras sí

hasta las poblaciones mas estacionarias. Lyon se vió arrastrada y sumergida por las opiniones de la época. Mr. Roland fué elegido municipal inmediatamente, y se pronunció á favor del nuevo orden de cosas con toda la rigidez de sus principios, y con toda la energía que bebía en el alma de su muger. Temido por los débiles y adorado por los impacientes su nombre fué una injuria en un principio y despues se convirtió en una bandera. El favor público le vengó de los ultrages de los ricos. El Consejo municipal le comisionó entonces para ir á París á defender ante las comisiones de la Asamblea constituyente, los intereses comerciales de Lyon.

La intimidad de Roland con los filósofos y con los economistas que formaban el partido práctico de la filosofía; sus relaciones forzosas con los miembros influyentes de la Asamblea; sus gustos literarios y sobre todo el encanto y la seducción que atraen y mantienen naturalmente á los hombres eminentes al lado de una muger hermosa, elocuente y apasionada, convirtieron muy pronto la casa de madama Roland en un foco de la revolución poco brillante aun, pero muy ardiente. Los nombres de los que allí se reunieron desde el primer día revelan ya las opiniones extremas. Para semejantes hombres la Constitución de 1791 no era sino una especie de *alto* para proseguir la marcha con nuevo ardor.

El 20 de febrero de 1791 volvió madama Roland á entrar en París de donde habia salido cinco años antes jóven, desconocida, y sin nombre, y adonde volvía ahora como una llama para animar á todo un partido, fundar la república, reinar un momento, y morir en seguida. Ella tenía en su alma un presentimiento confuso del destino fatal que la aguardaba. El genio y la voluntad conocen sus fuerzas, sienten antes que los demas, y profetizan su misión. Madama Roland parecia arrastrada de antemano por la suya hácia el centro de acción. Al día siguiente de su llegada se presentó ya en las sesiones de la Asam-

blea. Allí vió al poderoso Mirabeau, al sorprendente Cazalés, al audaz Maury, al astuto Lameth y al impávido Barnave. Notó con el despecho del odio en la actitud y en el lenguaje de los miembros del lado derecho, aquella superioridad que dan la costumbre del dominio y la confianza en el respeto de las masas; en los del lado izquierdo reparó con sentimiento profundo la inferioridad de los modales y un gran fondo de insolencia mezclado con unos conocimientos muy mezquinos. De este modo la antigua aristocracia sobrevivía en la sangre, y se vengaba hasta después de su derrota, de la democracia que aunque la había subyugado todavía la tenía envidia. La igualdad existe en las leyes mucho tiempo antes de establecerse entre las razas. La naturaleza es aristocrática; es preciso tener una larga práctica de la independencia para dar á los pueblos republicanos el noble continente y la dignidad civilizada del ciudadano. En las revoluciones hasta en el mismo vencedor se percibe por mucho tiempo el *advenedizo* de la libertad. Las mugeres tienen un tacto delicado para distinguir estos matices. Madama Roland los comprendió; pero lejos de dejarse seducir por aquella superioridad de la aristocracia, se indignó mas y sintió que su odio iba en aumento contra un partido al cual se le podía abatir, pero era imposible humillarlo.

## XV.

Entonces fué cuando los esposos Roland, se unieron estrechamente con algunos de los mas fervientes partidarios de las ideas revolucionarias. No eran estos los que mas figuraban por el favor del pueblo, ni por lo brillante de sus talentos, sino los que parecia que amaban la revolucion por sí misma, y que se sacrificaban con un sublime desinterés, no por sus propios adelantos sino en

beneficio, y por los progresos de la humanidad. Brissot fué uno de los primeros que frecuentaron la casa de Roland. Mucho tiempo hacia que sus dueños estaban en correspondencia con él, sobre asuntos de economía política, y sobre los grandes problemas de la libertad. Sus ideas habian fraternizado, y habiendo ido robusteciéndose á un mismo tiempo, y aunque unidas de antemano estas tres personas por todas las fibras de unos corazones revolucionarios, Brissot no era conocido aun personalmente de los dos esposos. Aquel hombre cuya vida aventurada y cuya infatigable polémica tenían mucha analogía con la juventud de Mirabeau, habia adquirido ya cierta celebridad entre los periodistas y en los clubs. Madama Roland le aguardaba respetuosa, y tenía mucha curiosidad de verle para juzgar si las facciones de su rostro, correspondían á la fisonomía de su abuso. Ella creía que la naturaleza se revelaba en todas las formas y que la inteligencia y la virtud modelaban el exterior del hombre, del mismo modo que el estatuario imprime en el barro las formas palpables de su concepcion. La primera entrevista la desengañó, pero no se disminuyó por eso el respeto que tenía á Brissot. Carecía este de aquella dignidad de actitud y de aquella gravedad de carácter que parece el reflejo de la dignidad de la vida, y de la gravedad de las doctrinas. Notábase algo en el hombre político que recordaba el libelista. Su ligereza chocaba á madama Roland y hasta su alegría la parecia una profanacion de las ideas austeras de que aquel hombre era órgano. El espíritu revolucionario suficiente para apasionar su estilo, no lo era para lograr que aquella pasión se trasluciese en su rostro. Aquella muger no hablaba en él, bastante odio contra los enemigos del pueblo. Parecía que el alma móvil de Brissot no era suficientemente fuerte para llegar hasta el sentimiento del sacrificio. Su actividad estendida á todos los objetos, le daba la apariencia de un artista de ideas, mas bien que

de un apóstol de la libertad. Pasaba tambien por ser un gran intrigante.

Brissot presentó en casa de madama Roland á su amigo y condiscipulo Petion, miembro ya de la Asamblea constituyente y que se habia distinguido por sus discursos en dos ó tres ocasiones. Era fama que Brissot le inspiraba. Buzot y Robespierre, miembros igualmente de la Asamblea fueron tambien presentados en casa de la célebre republicana. Buzot cuya belleza triste y cuya intrepidez y elocuencia debian andando el tiempo agitar el corazon y escitar la admiracion de madama Roland; Robespierre á quien la inquietud de su alma y el fanatismo de sus odios, arrojaban ya desde entonces como un fermento de agitacion en todos los conciliábulos en donde se conspiraba en nombre del pueblo. Tambien acudian alli algunos otros cuyos nombres daremos á conocer á su tiempo en los fastos de este nuevo partido. Brissot, Petion, Buzot y Robespierre convinieron en reunirse cuatro veces por semana en aquella casa.

## XVI.

El objeto de estas reuniones era conferenciar en secreto sobre las debilidades de la Asamblea constituyente, sobre los lazos que la aristocracia armaba á la revolucion, y sobre el impulso que debia darse á las opiniones muy debilitadas ya, por ver si se podia acabar de consolidar el triunfo. Escogieron estos hombres para sus conciliábulos la casa de madama Roland por estar situada casi en el centro de todas las de los miembros que debian acudir alli. Aqui, como en la conspiracion de Hasmodio era una muger la que estaba con la antorcha en la mano para alumbrar á los conspiradores.

De esta suerte madama Roland se hallaba colocada

desde los primeros dias de su llegada á Paris en el centro del movimiento. Su mano invisible tocaba los primeros hilos de una trama que enredada y confusa todavia, debia desarrollarse en lo sucesivo por los mas grandes acontecimientos. El papel que la tocó desempeñar era el único que podia permitirse á su sexo y halagaba á la vez su orgullo mugeril y su pasion política. Ella supo salir con él con una modestia que hubiese sido una obra maestra de habilidad á no haber sido en ella un simple don de la naturaleza. Sentada al lado de un velador, fuera del círculo que aquellos hombres formaban, trabajaba en sus labores ó escribia escuchando con una indiferencia aparente las discusiones de sus amigos. Muchas veces estaba tentada por tomar parte en ellas pero se mordía los labios para reprimirse. Lo largo y difuso de aquellos consejos sin resultado inspiraban un hastio secreto en aquella alma enérgica y activa. La accion se evaporaba en palabras inútiles y el tiempo pasaba llevándose consigo la ocasion oportuna, que nunca vuelve á presentarse.

Bien pronto las victorias de la Asamblea constituyente enervaron á los vencedores. Los gefes de esta Asamblea retrocedieron ante su propia obra, y pactaron con la aristocracia y con el trono para conceder al rey la revision de la Constitucion en un sentido mas monárquico. Los diputados que se reunian en casa de madama Roland se desanimaron con esto y cada uno tiró por su lado. Unicamente permanecieron en su puesto aquel corto número de hombres decididos é inflexibles que se sacrifican por un principio sin que influya en este sacrificio lo bueno ó malo que pueda sobrevenir, y que se unen á las causas desesperadas con mayor fuerza, á medida que la fortuna les va siendo mas adversa. Buzot, Petion y Robespierre, fueron de este número.

Hay para la historia una curiosidad siniestra en ver la primer impresion que hizo en madama Roland el hombre que calentado en su seno y conspirando entonces con ella, habia de derribar un dia el poder de sus amigos, sacrificarlos en masa y enviarla á ella al cadalso. Ningun sentimiento de aversion advirtió á aquella muger en la época de que tratamos de que conspiraba su propia muerte al conspirar en favor de Robespierre. Si alguna vez tuvo cierto terror vago sobre este particular, al momento se desvaneció y fué reemplazado por una especie de compasion muy parecida al desden. Se le figuraba que Robespierre era un hombre honrado, y en favor de sus principios le perdonaba su mal lenguaje y su fastidioso desembarazo. Robespierre, como todo hombre que tiene una idea fija solo respiraba fastidio. Sin embargo, habia notado aquella muger que siempre estaba recogido dentro de sí mismo, que no se franqueaba, que escuchaba todos los pareceres antes de emitir el suyo, pero que al emitirlo no se dignaba nunca motivarlo. Parecido á todos los genios dominantes, su conviccion le parecia una razon suficiente. El dia siguiente subia á la tribuna, y aprovechándose, para adquirir fama, de las confidencias intimas del dia anterior, adelantaba la hora de la accion concertada con sus amigos, y descubria de este modo el plan que se proponian. Se le reconvenia por esto en casa de madama Roland, pero él se escusaba siempre, achacándolo á su demasiada ligereza. Estas faltas se atribuian por todos los demas, á su juventud y á la impaciencia de su amor propio. Persuadida madama Roland de que aquel jóven amaba apasionadamente la libertad, tomaba su reserva por timidez, y no veia en sus traiciones sino un gran fondo de independenciam. La causa

comun lo tapaba todo. La parcialidad trasforma los peores indicios en favor ó en indulgencia. «Defiende los principios con calor y tenacidad, dice, y tiene valor para defenderlassolo, en esta ocasion en que el número de los defensores del pueblo, se ha disminuído considerablemente. La córte le aborrece, luego nosotros debemos amarle. Yo estimo á Robespierre por sola esta razon y así se lo manifiesto; por su parte, él aun cuando no asiste con frecuencia á nuestra reunion nocturna, viene de cuando en cuando á comer á mi casa. Me chocó mucho el terror que manifestó el dia de la fuga del rey. Por la noche dijo en casa de Petion, que la familia real, no habia adoptado aquel partido sin dejar preparada en Paris una matanza de patriotas parecida á la célebre de la noche de *San Bartolomé* y que él contaba ser asesinado antes de veinte y cuatro horas. Petion, Buzot y Roland, opinaban por el contrario, que la fuga del rey equivalia á una abdicacion y que era preciso aprovecharse de ella para preparar los espiritus á la república. Robespierre, sonriéndose y royéndose las uñas como tenia de costumbre, preguntaba qué era república.

Aquel dia fué cuando Brissot, Condorcet, Duamont de Geneve y Duchatelet convinieron en escribir el periódico titulado el *Republicano*. En esto se ve que la idea de la república nació en la cuna de los girondinos, antes que en el alma de Robespierre, y que el 10 de agosto, no fué un accidente si no un complot.

En esta misma época madama Roland por salvar la vida de Robespierre, se habia entregado sin reserva á uno de esos primeros movimientos que revelan una amistad á toda prueba, y que dejan huellas hasta en la memoria de los mas ingratos. Despues de la jornada del Campo de Marte, acusado Robespierre de haber conspirado en union de los redactores de la célebre peticion de caducidad, y viéndose amenazado como faccioso por la guardia nacional, tuvo que ocultarse. Madama Roland

acompañada de su marido, fué á buscarle á las once de la noche al sitio en que se habia ocultado, para ofrecerle un asilo mas seguro en su propia casa. Robespierre no estaba ya en aquel sitio, y madama Roland se fué desde allí á casa de Buzot su comun amigo, y le instó vivamente á que fuese á los Fuldenses, en donde entonces ejercia bastante influencia, á disculpar á Robespierre, antes de que se lanzase contra él el decreto de acusacion.

Buzot titubeó un momento, pero al cabo se decidió. «Haré, dijo, todo cuanto esté de mi parte por salvar á ese desgraciado jóven, aunque estoy muy lejos de opinar como ciertas personas con respecto á él. Piensa demasiado en si para amar la libertad; pero la sirve y esto me basta: iré allí á defenderle.» De esta suerte tres victimas futuras de Robespierre conspiraban aquella noche y sin que él lo supiese, por la salvacion del mismo hombre que andando el tiempo habia de conducir las al cadalso. El destino es un misterio de donde surgen las mas estrañas coincidencias, y que no arma menos lazos á los hombres por sus virtudes que por sus crímenes. La muerte está en todas partes, pero sea cual fuere la suerte del hombre, solo la virtud es la que no tiene remordimiento jamás, ni se arrepiente de haber obrado segun prescribe el deber. En los calabozos de la consejeria, madama Roland recordó con placer aquella noche. Si Robespierre se acordó tambien de ella cuando llegó al poder, este recuerdo debió ser mas helado en su corazon que el hacha del verdugo.



## LIBRO NOVENO.

Recomposicion de los hombres y de los negocios.—Robespierre se crea una tribuna en los jacobinos.—Roland, conducido al poder por sus amigos.—Mr. de Narbona, ministro de la Guerra.—El rey fluctua entre los partidos.—Entusiasmo general por la guerra.—Solo Robespierre resiste á este entusiasmo y le combate.

### I.

Despues de la disolucion de la Asamblea constituyente y terminada ya la mision de Roland, éste y su esposa abandonaron Paris. Aquella muger que salia del centro de las facciones y de los negocios en que tanta parte habia tenido, volvió á la *Platiere* á entregarse de nuevo á los cuidados de su casa de campo; pero estos ya no la eran agradables despues de haber participado de la embriaguez de la revolucion. El movimiento general la arrastraba, á pesar de la distancia que la separaba del centro de él, y mantenía una correspondencia seguida con Buzot y con Robespierre, la de este último era seca y meramente política, la de Buzot, tierna y patética á la vez. Su espíritu, su alma, y su corazon, todo llamaba á